

El camello y la pulga

Un camello caminaba por el desierto bajo el sol. Lo guiaba un hombre que iba delante de él sosteniendo las riendas. El hombre iba a pie porque había cargado al camello con muchísimas cosas. Ropa, frascos, alforjas con comida y bebida, tapices y alfombras para vender, y hasta una carpa para armar, por si tenía que pasar la noche entre las dunas.

Hacía mucho calor. La arena hervía. En ningún lado había sombra ni soplaba una gota de viento. Cada tanto, el camello se sentaba a descansar y recuperar fuerzas. El hombre le permitía todas las paradas necesarias.

En uno de esos descansos, una pulga saltó encima del camello.

—¿Vas a la ciudad? —le preguntó al oído.

—Así es —dijo el camello.

—Entonces iré contigo —dijo la pulga.

Cuando el camello siguió camino, la pulga se sentó sobre una de sus jorobas.

—¡Soy la reina del desierto! —decía—. ¡Aquí estoy, en lo más alto del camello!

Una hora más tarde, el camello estaba agotado. Le costaba respirar y le temblaban las patas. Así que se sentó para tomar un descanso más largo y a esperar a que bajara un poco el sol.



—¿Qué te pasa que estás tan agitado? —le preguntó la pulga.
—¡Qué pregunta! ¿No ves que llevo una carga muy pesada? —protestó el camello.

—Comprendo, amigo —le dijo la pulga—, pero no te preocupes, ya me acercaste bastante. Desde aquí continuaré a pie. ¡Te libero de mi peso, así puedes seguir sin agitarte!
Dicho esto, saltó de nuevo a la arena y se alejó.

El camello se hubiera reído de aquella pulga pretenciosa, pero prefirió ahorrar las energías.

Nicolás Schuff

